



# La ciencia de la extinción

YURI HERRERA<sup>1</sup>

Cuando comprendió que pronto estaría perdido tomó una pequeña tarjeta amarilla, apuntó cuatro palabras y la colocó en el quicio de la ventana por la que todos los días se asomaba al despertar.

No recordaba más el nombre de la gente con la que había vivido. Una esposa, una hija, un hijo, alguien más. Acurrucamientos, regaños, traguitos, puertas, saludos. Luego pedazos de saludos, de puertas, de traguitos, de regaños, de acurrucamientos. Tajadas cada vez más magras. Al principio había intentado tonificar su concentración contando varias veces al día de cien al cero, pero últimamente la cuenta se le extraviaba alrededor del setenta y todos los números comenzaban a parecer caprichosas versiones del cero.

Ya no recordaba su fecha de nacimiento. Ni la ciudad donde había nacido. Ni a sus padres. ¿Había tenido padres? Tampoco había ya nadie para hacérselo notar.

Sabía que le pasaban cosas en el cuerpo, que necesitaba remedios, pero sólo los encontraba accidentalmente, al entrar a la cocina y reparar en una bolsa de arroz o al recostarse y descubrir las pastillas junto a su cama. Porque ya tampoco recordaba cómo decir ese frío en el estómago ni esa derrota de sus huesos.

Hubo momentos de una euforia inarticulada en los que se sorprendía sin

miedo ante un ruido o un objeto que ya no sabía nombrar. Y decidió —y pudo recordar esa decisión aunque no recordara las palabras exactas con que la había tomado—, que ya no iba a lamentarse. Quizá no fue una decisión sino una estrategia de supervivencia o una facultad nueva.

A veces veía algo, un objeto de superficie plana y cuatro patas, y lo llamaba vaso. Y veía que eso era bueno. A veces percibía algo que se rizaba con el viento y no se le ocurría llamarlo de un modo duradero, pero veía que también eso era bueno.

El mundo cada vez más despoblado que se asilvestraba al otro lado de la ventana estaba lleno de otras cosas a las que no recordaba haber puesto atención. Horizontes, polvos, ángulos. Y los silencios.

Los demasiados silencios.

Si no se extravió fue por los silencios. A veces tenía ganas de caminar y caminar sin rumbo pero los silencios sucediéndose uno tras otro y tan distintos, la jungla impenetrable de silencios, lo abrumaba y lo sembraba en la banqueta, y luego se devolvía para dentro.

Un día se le plantó enfrente una perturbación: una ondulación de velocidades, de colores, y de sonidos giratorios. Se quedó absorto frente a ella durante mucho tiempo (quizá fue un segundo).

Entonces se decidió a hablarle. En un balbuceo de sílabas sueltas que en su cabeza eran una frase clarísima, dijo:

—Encontré un mensaje que alguien nos dejó en una tarjeta, dice: “Todos se están yendo”.

Esperó una pequeña eternidad por la respuesta, luego el pequeño remolino giró un poco más y se desvaneció.

<sup>1</sup> Hidalgo, 1970. Tulane University, New Orleans.